



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

JOAQUÍN DICENTA
La pícara vida.

UN PEQUEÑO REPORTER
De la semana picaresca.

RAMON NAVARRO LACARTE
Vehemenci.

JACINTO CARMÍN
Una por otra...

FRANCISCO VILLAESPESA
Histérica.

FÉLIX RECIO
De mis memorias de viejo casto.

CLEMENTE DE CASTRO
...Y Mercurio, al quite.

ANTONIO PEDROSA
Los sonámbulos.

CESAR JALÓN
¡El hijo del mar!

ANTONIO SOLER
Cuento celestial.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Ca. icaturas varias y retrato de
La Fernandina.



LA FERNANDINA

Cupletista muy nona y muy pícara, que pronto debutará
en Madrid.

5 cénts.



"ANCIANO, ¡LA LENGUA TENI..."
 (Y LO QUE NO LO ES. ¡TAMBIÉN!)

Viejos verdes que, á pesar
 de los años, váis en pos
 de los goces del amar
 por esos mundos de Dios,

y con cínica impudencia
 de Cupido el templo véis,
 sin pensar que os quedaréis
 "á la luna de Valencia,"

ni advertir cómo pelagra
 la vejez si la lujuria
 la envilece, la denigra,
 la deshonora y la injuria:

todo el que corre sin tino
 tras del amor, cuando es viejo,
 sin recordar el consejo
 de "sopitas y buen vino,"

quien, ya en la senilidad,
 se empeña en hacer alarde
 de su "masculinidad,"...
 sin ver que para ello es tarde;

cuantos en la senectud
 se consagran al servicio
 de Venus, trocando en vicio
 lo que en otros es virtud;

y el que sueña en perpetuar
 la especie humana y se obstina
 livianamente en amar,
 no viendo que se avecina

ya el final de su existencia
 con vertiginoso paso,
 rememoren el cruel caso
 de "á la luna de Valencia,"...

Piensen en el buen consejo
 que envuelve el sabio refrán

según el que "el hombre, quan-
 to más viejo, más pellejo,"

y en que es la ridiculidad
 mayor del mundo el pueril
 afán de hacerse el viril
 á la hora de la vejez...

Apaguen la débil llama
 de su erótico... *farol*,
 y zambúllanse en la cama
 no bien se haya puesto el sol:

que, en vez de correr sin tino
 tras del amor, todo viejo
 debe seguir el consejo
 de "sopitas y buen vino,"...

No las eche de *Tenorio*
 quien es ya *Comendador*,
 y renuncie al ilusorio
 papel de conquistador,

pues ya le dirá el espejo
 que no hay *Inés* á quien roben
 las carantoñas de un viejo,
 sino las gracias de un joven...

Abdique—en la mocedad—
 el imperio del placer,
 y vea que á la mujer
 no se rinde con la edad;

modere la incontinencia
 de su lengua y de su mano,
 que "á la luna de Valencia,"
 siempre quedará el anciano;

y agradézcame el consejo,
 pues que gratis se lo da
 quien se considera ya
 —para el amor—perro viejo...

Carlos Miranda.

LA PICARA VIDA

SIEMPRE fué muy cómodo renegar de la vida y hacer de ella renuncia teórica, maldiciendo los disgustos y penalidades que proporciona.

Pero una cosa es predicar y otra dar trigo; como una cosa es llamar á la muerte á voces cuando está lejos, y tenderle amorosamente los brazos cuando se la contempla de cerca.

Tan verdad es esto, que siempre, cuando á las personas que me rodean oigo echar pestes contra la existencia miserable que padecemos los humanos, acude á mi memoria un cuento que mi madre me refería cuando yo era chico, y que puede servir de enseñanza y respuesta á los que piden á todas horas que la muerte venga á librarles de la desdichada vida que sufren.

✕

En cierto pueblo de Aragón vivían juntos una madre y un hijo. Era la madre de edad avanzada, muy buena mujer, muy creyente y muy hacendosa á pesar de sus años.

Sólo tenía un defecto: renegar á todas horas de la vida; y era el hijo un clérigo joven, cura del pueblo y hombre de honradas costumbres é intachable conducta.

—¡Dios mío!—decía la madre siempre que encontraba ocasión para ello, y la encontraba á cualquier hora—. ¡Dios mío, haz á mi hijo feliz, conserva su existencia precio-

sa y no me proporciones el pesar horrible de verle morir, de llevarle contigo antes que yo muera! Que viva él, que es joven, que puede hacer tanto en tu divino servicio. ¡Que viva él!... A mí, señor, á esta pobre vieja, que sólo sinsabores y penas ha sufrido en el mundo, llévame ya de él, concédame tu misericordia el descanso que ardientemente solicito. La vida es para mí carga pesada; la muerte fiera, descanso, y yo la recibiría con



Ella.—¿Y eso era la mayor prueba de amor?

El.—¡Sí, vida mía! Parece que te duele haber llegado á conocerla.

Ella.—Hombre... dolerme, no; me escuece nada más.

✕

los brazos abiertos. Venga la muerte para mí; la recibiré como un bien.

Dormían la madre y el hijo en dos alcobas inmediatas, cuyas puertas desembocaban en una misma habitación; y en su alcoba era donde todas las noches, antes de acostarse y arrodillada sobre el suelo, repetía la anciana por último su deseo y un ruego de que la muerte acabase con las desventuras de su



- Sí: la adoro á usted; y...
 —Está usted muy emocionado.
 —Es que en mi vida las he visto más gordas.

existencia y respetase la existencia [del virtuoso sacerdote.

Cierta noche, á las primeras horas de la madrugada, sintió la vieja un ruido extraño en la habitación inmediata á la suya, y le produjo sorpresa aterradora verla iluminada por una media luz amarilla, que, paso á paso, iba avanzando hacia su alcoba.

Era una luz fúnebre, indecisa, espectral. Los dientes de la vieja chocaron unos contra otros á impulsos del terror, terror grande, que subió de punto cuando, alumbrada por los amarillentos reflejos, vió entrar en su cuarto una figura alta, descarnada, huesosa, esqueleto siniestro que empuñaba con una de sus manos guadaña mortífera y recogía con la otra los pliegues de su sudario, que por la rigidez de sus miembros parecía de piedra.

Era la muerte.

—¡La muerte!—exclamó la vieja con espanto.

—Sí, la muerte—repuso el fantasma—. La

muerte que á todas horas pides y que compadecida de tus sufrimientos y accediendo á tus súplicas llega á ti, para recogerte entre sus brazos y llevarte á los espacios del no ser. Ven; vas á quedar, al fin, satisfecha.

Y extendió hacia la anciana sus brazos descarnados y fuertes.

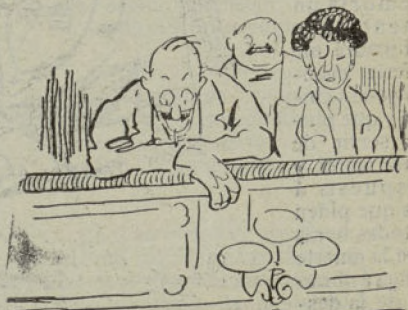
El terror de la buena mujer no tuvo límite; sintió renacer en ella vigorosamente el ciego instinto de conservación; sus nervios se crisparon, y su cuerpo, erflaquecido por los años, se estremeció horriblemente.

—¡No!—gritó con desesperación—¡No, ¡morir no!... ¡Aléjate, por caridad! He mentido. ¡No quiero morir! ¡Vete!... No te acerques á mí. ¡Escoge otra víctima, si otra víctima te es necesaria!

Y con voz temblorosa, con ansia egoísta de vivir, exclamó, extendiendo el brazo hacia la alcoba próxima:

—Allí, en aquella cama, está el cura.

Joaquín Dicenta.



La esposa.—Aquilino, que se te va la vista...
 El marido.—Déjame, mujer; si es lo único que se me puede ir.

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

¡TENAMOS GRAN POTENCIA!

CON eso de la guerra turcobalcánica estamos que no nos llega la camisa al cuerpo. Bien es cierto que antes del conflicto tampoco nos llegaba más que á la mitad del cuerpo, singularmente las que ahora usa el sexo bello, que, como ustedes saben, se quedan mucho más á media ración que las del francamente feo. Y no es precisamente que nos entre frío ni calor desde el punto de vista de la proximidad del zafarrancho (¡allí nos las den todas!), sino porque la publicidad enorme que nuestros grandes rotativos están dando á los episodios trágicos de ese duelo entre las naciones de Oriente nos han sacado de nuestras casillas, llegando á excitarnos los nervios en proporciones alarmanantes, que van camino de convertirse en aterradoras.

En lo que á los hombres se refiere, los hay que padecen una verdadera obsesión. Tengo un amigo que ha tomado el partido de los otomanos como una cuestión personal. Fuma cigarrillos turcos á todo pasto, toma el café en el Oriental, su paseo favorito es la plaza de Oriente y todas las noches se acuesta con una turca fenomenal.

El hombre está encolerizado con los coligados. "Lo que están haciendo esos mentecatos—exclama echando espumarajos de rabia—es una indignidad. Han atropellado villanamente á la Sublime Puerta. Mal está que les hallan arrebatado Salónica; pero, ¡carambal! ¡es el colmo de la crueldad que les quieren dejar sin Pera!

En lo que se refiere á las señoras, habrán podido observar ustedes que, ¡al fin mujeres!, por regla general sienten mayores simpatías por los más fuertes. Quien más, quien menos, todas sueñan, ora con un búlgaro prepotente, ó ya con un servio vigoroso.

Conozco una viuda de bastante buen ver que todas las noches suspira cinco ó seis veces viendo en plácido ensueño cómo llega un griego ó un montenegrino y hasta un al-



—¡Pues no es de algodón en rama!

banés exigiendo insistentemente que se rinda á discreción, y ¡la pobrecita qué ha de hacer? Impresionada por los telegramas que al acostarse ha leído en la edición de *La Corres* de las 9 y 47 minutos, se rinde sin ofrecer resistencia alguna, entregándose á la magnanimidad del conquistador, que entra en la plaza armado hasta los dientes.

Claro está que al despertarse ve con dolor que todo ha sido una pesadilla; pero ¡que le quiten lo soñado!

Me explico esta admiración por los búlgaros, que, al fin y al cabo, se visten como los

hombres; pero no acierto á comprender que apasionen á las mujeres los montenegrinos y albaneses con sus faldellines de tonelete, que más que miembros del género masculino parecen bailarinas con toda la barba. ¡Como no sea porque gastan unas escopetas muy largas!...

Sea por la causa que fuere, lo cierto es que nos están tomando la delantera femenina, y el día que estalle la guerra europea, que, según los corresponsales, está para estallar de



—¡Vaya una gacha! Por usted, me dejaba embargar el establecimiento.

un momento á otro, como les dé por venir aquí no nos van á dejar ni una para muestra. Y eso que llegarán ya un tanto fatigados después del verde que se están dando en Turquía, donde, á creer á los cronistas terríficos, están haciendo horrores con las infortunadas otomanas: harán que cae por su cuenta, harán que pulverizan, entrando fieramente á la bayoneta.

Bien es cierto que los mahometanos no se quedan atrás, y en sus retiradas hacen también verdaderas atrocidades; aplicando la ley del Talión, cristiana ó judía que pescan

la convierten en otomana, porque, como es sabido, esta es una guerra de religiones.

Por lo pronto, en Andrinópolis, donde es público que van escaseando los viveres, se están dando un atracón de judías que no tiene fin.

Lo que no concibo es el terror que les da á algunos el que hayan comenzado las matanzas en Constantinopla. Aquí comenzaron, como siempre, el día de Todos los Santos, y no pasó nada, aparte de la trifulca que tuvieron los salchicheros con Ruiz Jiménez.

De todo ese lío de la Europa central lo que está demostrándose con más claridad es que los pequeños Estados balcánicos pasan á la categoría de gran potencia, y que los otomanos se hallan completamente impotentes á pesar de que se las dan de jóvenes turcos.

Démonos por enterados, y duro con los reconstituyentes. No descansemos hasta lograr una potencia de primer orden.

¡Y que nos la zumben los mosquitos!

Un pequeño repórter.



VEHEMENCIA

Deja, graciosa hetera, que absorba de tu pecho el vaho palpitante de aroma y de calor; deja que beba ansioso, del cáliz de tus labios rimado por los besos, la esencia del amor. Quiero vivir la vida gozando tus caricias que ayer las ilusiones me hicieron casi odiar; yo quiero entre mis brazos tenerte delirante y febril de deseo gozar y más gozar; yo quiero que tú enciendas la sangre de mis venas y que atente el fuego recuerdos de dolor; y sienta yo en tu carne, nerviosa y palpitante, las ansias del delirio febril y abrasador. No importa que me brindes caricias mercenarias; ya sé que tú las vendes; las vengo yo á comprar; haz, pues, que yo de gozo me enerve y me extasie al roce de tu carne, que sabe palpar. Que sienta tus caricias envuelto en tus abrazos cual si del goce fuera llevado hasta el Edén. Y á cada loco impulso que encienda mi deseo tu carne palpitante respóndale también.

Ramón Navarro Lacarte.

LEA USTED EL JUEVES

PERO Á SUS HIJOS, SI

por EUGENIO NOFL

20 CÉNTIMOS

UNA POR OTRA...

TODAS las noches, cuando me retiro á casa, tengo mi rato de palique con el sereno.

No un rato largo, sino el tiempo que tarda en acompañarme desde la esquina donde siempre me lo tropiezo hasta el portal de mi casa, que está más allá del promedio de la calle.

Remigio es un sereno verdaderamente *sicallíptico*.

Está al tanto del "movimiento galante", de su demarcación, y suele indicarme todo lo que se refiere á la vecindad femenina, sin esca- timar detalles ni incidentes.

Por él sé yo cuáles son las que se retiran más tarde, quiénes las acompañan, etc., etc.

La otra noche, mientras rebuscaba en su cinturón de cuero para dar con la llave de mi portal, se me ocurrió decirle:

—Y usted que tanto alardea de saber de *esas cosas*, también debe tener su combinación en la vecindad.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Nada de eso!

—¡Vamos, hombre! No sé haga usted el inocente.

—Le juro á usted, señorito, que no hay tal cosa. Yo, si tengo algo, como cada hijo de vecino, es lejos de aquí.

—¡Ah, granuja!

—Naturalmente. El hombre es hombre...

—Pero ¿no es usted casado?

—Eso ¿qué importa?

—¿Y se puede saber...?

Eso es mucho preguntar; pero, ¡en fin!...

—¡Venga de ahí!

Y acercándose to lo lo que pudo, me dijo casi al oído:

—Yo tengo mi combinación... ¡de día!

—¡Qué barbaridad! Pues ¿cuándo duerme usted?

—De pie en un portal—. Y me guiñó un ojo.

✂

Rodríguez es el guardia de Orden Público más barbián y más notable que yo he podido echarme en cara.

Le conozco desde que yo era *repórter* de *La Correspondencia* é iba siempre al Gobierno Civil, no en clase de detenido, sino en busca de datos para mi información policíaca.

En todos los crímenes célebres en que yo he hecho (en clase de *repórter*, se entiende) me lo he tropezado y ha sido mi mejor auxiliar y guía para todo, revelándome á veces

secretos del sumario, que me servían para quedar mejor que todos mis compañeros en la Prensa.

Además, en varias ocasiones en que me he visto comprometido *por mor* de alguna que otra bronca de esas que uno no puede evitar he tenido la suerte de tropezar siempre con Rodríguez, y él ha venido en auxilio mío, no sólo como representante de la autoridad, sino como protector mío para salir fiador en las Prevenciones y que me dejasen marchar bajo su responsabilidad.



La modista.—Maestro, ¡por lo que más quiera! Termine pronto el rotulito...

Es un barbián en toda la extensión de la palabra.

Eso sí, hay que obsequiarle de tanto en tanto con algún veguero averiado ó con algunas gotas del triple anís.

El hombre se muestra la mar de agradecido, y se halla dispuesto á hacer cualquier cosa por complacerme.



—Mira, mira el burro de la trapera. ¡Parece un tranvía!

—¡Al revés, mujer!

Por este motivo, siempre que lo veo me paro un momento á hablar con él.

Ayer tarde me lo encontré en la calle del Arenal al salir yo de un ensayo de Eslava.

—¡Hola, Rodríguez! ¿Qué tal?

—Pues... aquí *de punto*.

—Y ¿está usted contento?

—Regular: he conseguido no turnar por la noche.

—Entonces estará usted en la gloria pudiendo dormir de un tirón lo que le venga en gana.

—Le diré á usted.

—¿Es que tiene algún servicio por la madrugada?

Y sonriéndose maliciosamente, me dijo en tono confidencial:

—No, señor; pero aprovecho la noche.

—¿Cómo! ¿No va usted á ver á su mujer?

—No, señor: tengo otra visita que hacer á esas horas.

—¡Ah, pilló! Entonces, ¿cuándo duerme usted?

—Pues aquí paseando—. Y me guiñó un ojo.

✕

¡Oh, mundo de las reparaciones! Remigio va por la tarde á casa de Rodríguez, y Rodrí-

guez, por su parte, va por la noche á casa de Remigio.

En paz y... ¡vigilando!

Jacinto Carmin.



HISTÉRICA

nferma de nostalgias, la ardiente cortesana, al rojizo crepúsculo que incendia el aposento, su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento, tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana; cruzar desnuda el Cosso, con el cabello al viento, y embriagarse de amores en el Circo sangriento con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso veloz salta á la arena, ensangrentando el oro de su rubia melena. Abre las rojas fauces... A la bacante mira;

salta sobre sus pechos; á su cuerpo se abraza... ¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza, los párpados entorna... y sonriendo expira!

Francisco Villaespesa.



—A usted lo que le hace falta es un hombre de bien que la ayude á llevar la cesta.

DE MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

LA POSESIÓN

CONOCIDA de todos es la anécdota de aquel pisaverde que, hallándose en un baile y deseando trabar conversación con un señor desconocido que estaba á su lado, le preguntó:

—¿Quién es aquella señora tan ridícula que está junto al piano?

—¿Cuál?... ¿La del traje color salmón?

—No... La vestida de negro.

—¡Caballero!...

Esa señora que usted llama ridícula es mi esposa.

El necio preguntón, no sabiendo cómo enmendar su yerro, rectificó:

—No aludo á la que usted dice, sino á la otra... que en este momento parecen mirarnos sonriendo.

—¡Es mi hija!...

Respuesta aplastante que indudablemente obligó al indiscreto cazafraque á poner pies en polvorosa.

—¿A quién no le ha sucedido, una vez por lo menos, algo igual?...

De mí sé decir que hace años, estando bailando con una lindísima desconocida, tuve el estúpido antojo de ponerme á decir mortificantes agudezas á propósito de una señora que en aquel momento se hallaba cerca de nosotros, sentada entre otras varias *características* respetables. La señora blanco de mis donaires tenía una mancha larga y estrecha, á modo de cinta ó *serpentina* de un subidísimo color violáceo, que la cruzaba el rostro en ziz-zag desde el pulpejo de la oreja á la papada ó sotabarba. No puedo recordar sin cierto ruborcillo las mil y una majaderías que dije. La joven con quien iba bailando, lejos de mostrarse disgustada, sonreía con una

sonrisa discreta que me estimulaba á continuar disparatando.

—¿Ve usted?—decía yo—. Parece que le han pintado la *Vía Láctea* en la cara...

Y luego *resultó* que aquella señora que yo tan piadosamente había satirizado era... ¡la madre de la señorita con quien estuve bailando!...

Desde entonces me torné muy cauto, y no he vuelto á soltar prenda sin antes asegurarme del sitio en que estoy colocado. Sin em-

CUESTIÓN DE AMOR PROPIO



—Yo le despertaría; pero luego me lo echa en cara, y eso me da mucha rabia.

bargo, nadie puede decir, según el antiguo adagio enseña, "de esta agua no he de beber."

Noches pasadas, estando en Fornos, me saludó un individuo, comerciante por más señas, á quien me habían presentado pocos días antes.

—Ha de saber usted, don Félix—dijo—, que me caso mañana.

A mí, francamente, á fuer de solterón incorregible que soy, me dieron ganas de preguntarle:

—¡Hombre!... ¿Por qué hace usted esas ccsas?...

Pero fui prudente y me contuve. El añadió

EN EL HIPODROMO



—¿Lo ves como el capitán Pérez no ha ganado la carrera?

—Pues, hija, es cosa rara, porque te advierto que hay muy poquitos que monten tan bien como él.

—¿Puedo tener el honor de contarle á usted en el número de mis invitados?...

—Desde luego, con mucho gusto—repuse—. Aquí el favorecido y el honrado, etc., etcétera, soy yo.

Al día siguiente fui á la iglesia de San José, donde el matrimonio se celebraba. Allí encontré muchos amigos, lo cual suele servir de gran consuelo en esta clase de solemnidades, aburridas siempre que no sea una parte interesada. La novia no era ni alta ni baja, rostrilarga, nariguda, un poco pálida y lo demás... así, así...

Entramos en la sacristía. Sentado delante de una mesa, un cura viejo iba escribiendo sobre un libro el nombre, apellidos, profesión, nacionalidad, etc., de los novios y personas que intervenían en el acto como testigos. Yo, estaba conversando alegremente con dos muchachas amigas mías.

—¿Cuándo nos casamos, Clotilde?

—No hable usted de eso, don Félix; ya sa-

bemos que usted sólo puede casarse por mandato divino.

De pronto, sin otro objeto que el de hacer reír á las mujeres, que tan dadas son á la maledicencia, me volví diciendo:

—¿Han reparado ustedes en lo fea que es la novia?

Y me encontré... ¿con quién dirán ustedes?... Con el novio, que repuso sonriendo:

—Tal vez... Pero ¡qué diablos!... Más feos somos nosotros...

No supe qué contestar: tan grande fué mi confusión; seguramente pasaron por mi rostro los siete colores del arco iris...

Terminada la ceremonia, fuimos todos á casa de los recién casados, en donde hubo dulces, baile champagne y otros excesos. Después...

¿Fué un exceso de ingenuidad, obra del vino, que ya empezaba á trastornar los cerebros?... ¿Fué efecto de esa funesta propensión que todos tenemos á desear lo inasequible y á menospreciar lo que ya nos pertenece?...

¡Quién saber!... Lo cierto es que, de pronto, el marido, después de lanzar sobre su esposa una mirada indefinible, me abordó diciendo:

—Recuerdo aquello que dijo usted en la sacristía, y voy creyendo, don Félix, que tiene usted razón...

Félix Recio.



—¿Qué rabial! Se esconden de mí las oficiales para leer LA HOJA DE PARRA. ¡Como si yo fuera una chiquilla!

... Y MERCURIO, AL QUITÉ

A mi excelente amigo Félix D., ha estado á punto de proporcionarle disgustos gravísimos una indiscreción: la de escribir cartas amorosas á su querida teniendo una mujer más celosa que Otelo; pero en cambio, otra indiscreción, la de regalarle un retrato suyo á la misma individua, le ha salvado. Y vean ustedes cómo.

Doña Rosa, la agrídulce consorte de don Félix, leyó un papelito perfumado en el cual una tal Encarnación citaba al adúltero para el día siguiente, á las cinco de la tarde, en la calle de Bravo Murillo, número...

Doña Rosa dejó la criminal esquelita donde su corta ventura le permitió encontrarla, y tras breve y compendioso razonamiento, compuso un plan; éste se reducía á espiar al traidor esposo y á caer oportunamente en el nido de los culpables cuando éstos se juzgasen más felices y alejados del murdo.

Aquella noche, D., que también tenía preparado su plan de campaña, mostróse con su esposa más obsequioso y complaciente que de ordinario.

—¿Quieres ir á la Comedia?

—No.

—Sí, mujer.

Ella denegada, enfurecida secretamente, paladeando ya todo el traidor veneno de aquella invitación; pero él, como buen diplomático, insistió, y doña Rosa hubo de ceder.

Terminada la representación, los esposos D. entraron en un café á tomar chocolate. Pensando en la tragedia del siguiente día, doña Rosa pidió *mojicón*.

Suavemente, como quien deja caer en el diálogo una noticia insignificante, Félix dijo que á la noche siguiente probablemente no cenaría en casa.

—¿Por qué?

—Porque Pérez... tú le conoces, Paciano Pérez... me invita á comer para hablarme de no sé qué asunto...

—¡Ah, sí!... ¡Pérez!...

Doña Rosa pasó una noche horrible; una de esas noches infernales que, á mi juicio, sólo conocen los condenados á muerte. Porque la pobre señora tiene la manía de creer que su marido, á pesar de ser un gallo canoso ya y con los espolones muy crecidos, es el más galán, simpático, irresistible y seductor de todos los hombres.

Al día siguiente, á las cuatro y media de la tarde, doña Rosa se dirigía apresuradamente por la calle San Bernardo hacia la plaza de Quevedo. Acababa de separarse de Félix en el Nviciado, cuando oyó decir á dos mujeres que caminaban tras ella:

—¿Has visto qué hombre tan guapo?

—Sí.

—A mí me gusta mucho.

—A mí también.

Doña Rosa, fiel á su manía, no pudo

LA ÚLTIMA CARICIA



—Ya sabes que me casmañana, y mi futuro no te quiere en casa. Conque despídete de mí esta noche.

dudar de que aquellas dos chilonas (ella, desde luego, las calificó así) iban hablando de Félix, y volvió la cabeza disimuladamente. Las trazas de las interlocutoras concluyeron de alarmarla: eran jóvenes y no mal parecidas, y vestían de mantón. Las otras, ignorantes del daño que causaban,



- Y ¿qué tal su mamá, Lolita?
 —Pues así, así. Va tirando.
 —¿Y usted?
 —Tirando también.

continuaron hablando, y doña Rosa, tragando amarga saliva.

- Dicen que está casado.
 —Eso aseguran.
 —Y con una mujer muy fea y casi vieja.
 —¡Chica, qué lastima de hombre!...

Doña Rosa ya no pudo contenerse más, y revolviéndose contra las dos mujeres hecha un basilisco:

—¡Ea!—gritó—, ese hombre es mío, ¿saben ustedes?, y la perdida que venga por él se juega la trenza.

Las interpeladas, viéndose juntas, se insolentaron y comenzaron a reír.

—¿Quién habla con usted, señora?—exclamó la más alta—. ¡Cuidado con la señora del *chapirí!*

Y la otra añadió:— ¡Valiente adefesio!...

De todo esto resultaron algunos arañazos y bofetadas y doña Rosa con un ataque ner-

vioso de que fué auxiliada en una farmacia próxima.

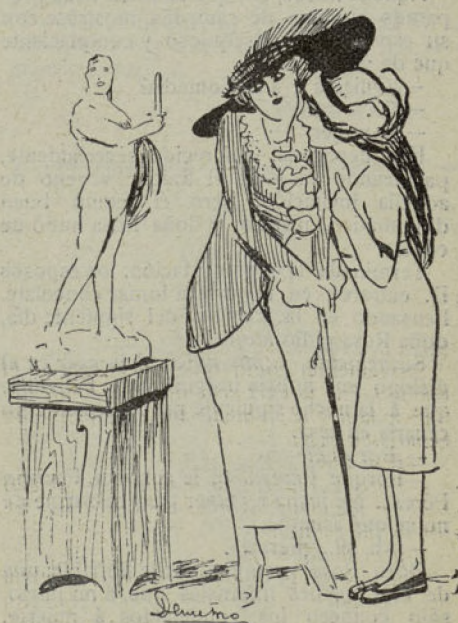
Y ahí va ahora la solución de este misterio.

Momentos antes de salir la señora D. de su casa, Encarnación entregó á dos amigas suyas que fueron á visitarla un retrato de Félix para que de él hiciese una ampliación el fotógrafo de casa; y hablando... (¡averigüen ustedes de quién!...) venían las dos muchachas, cuando se tropezaron con doña Rosa, á quien ni por asomo conocían.

Por eso dije al principio que la segunda indiscreción de mi amigo remedió la primera, y mientras la pobre doña Rosa, sentada sobre el diván de una farmacia, aspiraba frascos de sales y ceñía sus sienes con compresas de vinagre, Encarnación y don Félix, bien ajenos á cuanto sucedía, se abrazaban felices.

Por esta vez (y ruego á Mercurio, protector de amantes, que así sea siempre) "los culpables no han sido habidos,,"

Clemente de Castro.



La mayor.—Es un hermoso modelo de hombre.

La pequeña.—Pues, chica, será que yo no entiendo; pero creo que le falta algo

LOS SONAMBULOS

MARIQUITA Calenturas, la esposa del señor Corniveleto, era una de esas morenas de "vengan parmas y no regüervas la bebía," con unos ojos capaces de tirar bocados y una garganta única para morir de pena cuando se la escuchaba salirse por lo jondo. Encima de su cuarto estaba el de Peppillo Trastienda, mozo de arrogante figura y de labia más dulce que el merengue que hace quince, quien también se las traía por el canto, y, según las malas lenguas aseguraban, este mozo *diqueló* á la Calenturas, consiguiendo muy pronto mirarse nombrado rey de sus cachitos de gloria y de sus suspiros y pensamientos.

Y como en estos casos el último que se entera es el... marido, por no decir otra cosa, sucedía que éste, mientras los dos pedazos de pulpo se le engañaban, dejábase caer la baba contemplando á su hembra, y no vivía más que para darla gusto en todo y maldecir hasta los muertos del más insignificante mosquito que con música quisiera conquistarle el olor del cielo. Pero al fin hubo alguien que quiso abrirle los ojos, y éste que tal pensó no fué otro que Juan Mezclero, compadre suyo, quien cogiéndole una noche en la taberna, dijole entre copa y copa las siguientes palabras:

—Corniveleto: ascucha, y dispensa er que yo haya tenío que encargame de este papé tan redículo, y toma con carma tóo lo que te voy á disí; porque á nã esquivale una mujé en er mundo, y mir hay, dicho sea sin ofendé, que valen tres pares je veses más que la Calenturas... De móo y manera que... pero-bebe, hombre... has de sabé que hay un gachó ar cuá lo chanela...

—¡Imposible, compare!...—Er calis, Corniveleto.

—¡Su nombre, por vía é Dios!... ¡Su nombre, y manque sea er lusero e larba jago esta noche juegos malabares con sus muelas!...

—Pos mira, hijo: e jer Trastienda. Toas las noches en que tú vas ar Cormená, por los burros... ¿Comprendes?... etc., etc.

Y con esto supo al cabo nuestro hombre,



LA FRANCESITA.—¡Oh, mon petit Cochon! ¿Moa gustarle mocho?
EL SEÑOR EUFRASIO.—¿A mí? ¡La mer! ¡Pero que la mer!

aunque resistiéndose á creerlo, el engaño de que era víctima. Y como aquella era una de las noches indicadas para ir al pueblo que nombró su compadre, decidió, desde luego, convencerse por sus propios ojos. Con este pensamiento, pues, salió ya tarde de la taberna, llegó á su casa, y pasando por delante de la ña Cotorróna, que roncaba cerea del portal, y de los cuartos del tío Jureles, de la señá Cleopatra y del tocayo Astifino, encontróse muy pronto ante su sala, cuya puerta, á causa sin duda del calor, hallábase entreabierta, viéndose á la luz de una mariposa á la Calenturas que descansaba tranquilamente sobre su catre. Respiró entonces con desahogo Corniveleto, viendo confir-



—¿Ande vas tan cargá?

—A repartir. Si quíes un chupito...

—¡Ca! ¡Pa mí tíe que ser de la propia teta!
¡Soy mu delicaol!

mada su creencia; y ya iba á avanzar para presentarse á su mujer, cuando de repente sintió unos pasos calladitos que venían de arriba y percibió, escondiéndose en el ángulo más oscuro de la meseta, cómo una sombra blanca bajó, pasando junto á él y deslizándose en su cuarto. Abalanzóse al punto hacia ella, sin encomendarse á Dios ni al diablo, y descargó un puñetazo soberbio sobre el Trasienda, pues no otro era la sombra; pero en el mismo instante cuadróse éste, no sintiéndose jamás desamparado por los espíritus, y bostezó, estiróse, parpadeó muchas veces, como hombre á quien despiertan de un pesado sueño, y dijo, por último, con acento apesadumbrado y sin cortarse por la presencia del marido:

—Corniveleto: osté dispense, y jaga e lorsequio e no malisarse náa malo, que por mi salú que me encuentro en este sitio sin pensalo siquiera; por mi esgrasia soy sonámulo... Buenas noches.

Y con las mismas volvió á subirse tranquilamente, dejando á Corniveleto con las narices llenas de gaseosa y el alma de avis-pas reínas, sin duda, pero también al mismo tiempo imposibilitado de hacer nada con

aquella salida de "me alegro verte güeno y tóos queamos cumpríos".

Entonces su esposa despertó y juróle por la gloria de todos sus difuntos hallarse completamente inocente de cualquier cosa mala que hubiese creído; pero Corniveleto ya no se vió conforme, y en to la noche aquella cerró un ojo pensando en aquel *chavo-sito* que tan afortunado estuvo en el papel de Don Tancredo. Y sin parar de meditar en el asunto sorprendióle no sólo el día, sino también la otra noche, en la cual, no pudiendo dominarse, finalmente, en sus pensamientos, armóse con un garrote y decidió castigar á la sombra por lo que pudiese haber de cierto en el negocio. Y subió, en su consecuencia, al cuarto de Pepillo; cogiólo durmiendo, y se hartó de darle estacazos en las costillas, murmurando ya tranquilo por completo cuando lo vió medio moribundo:

—Pepillo e mi arma, dispensa, hijo mío, porque tóo lo he jecho sin queré: ¡soy sunámulo!

Antonio Pedrosa.



El transeunte.—¡Si no me pillase en plena di-gestión!...

¡EL HIJO DEL MAR!!



CURRE, sobre todo á nosotros los escritorzuelos de tres á la "parra", que, horros de alicientes literarios, ó de los otros, con que distraer al lector, llamamos su atención, asegurándole de antemano la veracidad del sucedido. Esto, dicho ya por alguien, lo hacemos todos.

Y paña salirme de la regla—¡ay de mí!—, siquiera por una vez, dejo el preambulito escueto, sin admiraciones, puntos suspensivos ni "equis", misteriosas que pregonen, con la autenticidad del relato, el ridículo de un señor...

Bueno. Pablito, más conocido del público madrileño que muchas artistas de las que en el café Colonial pagan los anuncios, ¡sabe Dios á qué precio!, y conocidísimo en una cervecería—de camareras—, admirablemente situada en esta villa del oso, pasa en estos momentos por un duro trance.

Es el tal muchachete simpaticón, y con su bigotillo y su melena lacia, mejor que de un importante puerto levantino, parece oriundo del Madrid intelectual y clásico, "á dó viene", todos los inviernos con la sana intención de gastar unas pesetas más y algunos dineros menos, que le proporciona la pignoración sucesiva del vestuario.

Yo lo capturé en un aristocrático "bar", de la calle de Echegaray—sagrado tugurio, albergue de trasnochadores—, en donde se inspiró el famoso lápiz de "Demetrio". Allí, en la tertulia de unas "servitricas", repugnantes, y como asesora de una respetable anciana cantadora y tocadora de flamenco y ópera, salpicada de cerveza y niñada de humo, brotó la confidencia:

El pasado verano se metió Pablito en una aventura muy fea, cuyas consecuencias toca hoy.

Paseaba, como era costumbre provinciana, todas las tardes por el muelle. Un día,

en la superficie de las aguas, más tranquilas que de costumbre (costumbre marítima, no provinciana), se mecía muellemente un botecito verde. ¡¡Simbólico!!

Dentro, nadie: un padre con toda la barba, una institutriz corpulenta, interminable..., pero desgarbada, y... una muñequita espiñal —inconsútil, decía Pablito—casi aérea, en

DE LA ALTA SOCIEDAD



—Estoy muy ofendida con usted, marqués. Hace dos meses que me ofreció una visita y se le ha ido el santo al cielo.

—Tiene usted razón, duquesa. Pero es que ya no tengo cabeza para nada.

cuanto se prescindiese de su ropaje de oro y azul, por cabello y ojos respectivamente.

A su vista, Pablito dió varios botes y se instaló en uno con carácter definitivo.

Hasta que cierto día, una seña muy discreta de la "miss", —¡siempre grande!—le avisó, á última hora, que á bordo del "Castillo", buque anclado en aquel puerto, partirían en seguida.

Las escasas calderillas, residuo de la partida de tute, llevaron al ánimo aventurero de Pablito una triste enseñanza: sería forzoso renunciar ó seguirla en calidad de "globe-nadeur", (á nado y sin dinero).

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

... PERO A SUS HIJOS, SI

por **EUGENIO NOEL.**

20 CENTIMOS

Dios y ayuda costó convencer al capitán del "Castillo", que, por fin, cediendo á las lacrimas súplicas del persecutor, le autorizó para que hiciese la travesía sin derecho á cosa distinta de una silla á cubierta.

Había cerrado la noche cuando zarpó el barco. En alta mar sonaron agoreras las doce campanadas, mortales para Pablito, que hubo de excusar su abstencia fundamentándola en la falta de gana de comer. El barco se recogió en un silencio glotón. Los marineros de guardia se mofaron, tal vez, para sus adentros, del testarudo galanteador.

A poco, se destacó á cubierta la silueta kilométrica de la institutriz.

¿Le traería algo del postre? ¿Una manzana acaso? No. Un recado; mejor, una orden del padre de la criatura... que no estaba dispuesto á aguantar más. Debía quedarse en el primer puerto.

Pablito meditó breve rato. Y fué un rasgo generoso de la "miss", brindarle asidero á... consolaciones del momento. Los marineros volvieron la cara al mar, que protestaba airado en sus olas revueltas...

Aquí hubiera terminado el incidente si las Compañías ferroviarias fuesen tan blandas de entraña como los capitanes de buque. Pablito emprendió el regreso por ferrocarril, encima de los asientos, cuando debió ir debajo, según rectificaba la pareja de la Benemérita, que se hizo cargo de su persona á instancias del revisor.

No fué á la cárcel. Y eso que desdeñó el ofrecimiento que un viajero solícito le brindó, porque Pablito deseaba saber hasta dónde llegaban las amenazas de aquellos señores guardias. Pero pasó lo suyo.

Hoy, en vías de contraer serio matrimonio con Pablito una acaudalada señorita abonada al Real y que recibe los martes, la "miss", la filantrópica "miss", acompañada de uno de los marineros—testigos presenciales—reclama de Pablito una cosa absurda... Viene á reclamar de él la sagrada promesa, simbolizada en una melenita que nace...

Cesar Jalón.

CUENTO CELESTIAL

Sucedió cierto día, allá en el Paraíso, que tanto el pobre Adán se consumía, que á Dios iba á pedirle ya permiso para buscar por todo el firmamento el mágico portento que su mente soñaba.

El Eterno, que todo lo comprende, comprendió lo que Adán necesitaba, y con el tono con que Dios reprende, le dijo: "¿Qué te aflige, criatura?

Contesta... ¿Qué te apura?

¿Qué diente de quimera te extasia?

Tu espíritu, ¿qué ansía?

¿Por qué razón tu mente así se exalta?

De todos los placeres, ¿cuál te falta?

¿No vives entre pájaros y flores?

¿No tienes todo cuanto tú has querido?

Pues si tanto te colmo de favores,

¿por qué te veo siempre compungido?

¿Qué apeteces? ¿Amores?

Pues amores tendrás, si esa locura,

que te quema y consume la figura

es tan sólo el anhelo

que á delirar te lleva.

Tendrás una mujer que será un cielo.

Divina.. angelical... Tendrás á Eva.

Cumplió, cual siempre, Dios lo prometido,

gozoso por haber adivinado

lo que á Adán le traía preocupado

y en extremo afligido;

cuando á los pocos días

de haber logrado lo que tanto ansiaba,

con pesar vió el Eterno que tornaba,

á sus melancolías,

y como entonces nada le faltaba,

le dijo en tono airado:

—Ya te di una mujer; ¿qué es lo que quieres?

Y contestóle Adán muy apenado:

—¿Qué he de querer, Señor? ¡Muchas mujeres!

Antonio Soler.

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

EL CÓDIGO DEL TEATRO

por SANTIAGO ARIMON Y ALEJO GARCIA GONGORA

JUICIO CRITICO DE

JACINTO BENAVENTE

PROLOGO DE

OCTAVIO CUARTERO

CINCO PESETAS

En todas las librerías, y en la Administración, Palma, 32.